

Nuevas funciones sociales de la pedagogía

Claudia Vélez de la Calle
Decana Facultad de Educación,
Fundación Universitaria Luis Amigó

“Ese cielo azul que ves,
no es cielo ni es azul.
Lástima grande que no sea verdad
tanta belleza”
Tango. Adriana Varela.

El maestro, en búsqueda de una identidad perdida. ¿La lengua de las mariposas, la metáfora constituyente?

Las demarcaciones de las profesiones, los saberes y las disciplinas se han movido. Las fronteras ya son difusas y las emergencias aún no se configuran con la fuerza de una validación consensuada epistemológicamente.

La pedagogía no ha escapado a esta situación y navega en medio de discusiones

epistemológicas y epistemofílicas en grupos de mutuas excomuniones, que en cada época, proclaman haber encontrado el objeto positivo de las prácticas educativas y las reflexiones pedagógicas.

De acuerdo con Henry A. Giroux, en su texto *Cruzando límites*¹:

“El debate sobre el canon se debe configurar de nuevo con el fin de abordar cuestiones de lucha donde el poder y el conocimiento se cruzan para producir y legitimar órdenes específicas de representaciones, valores e identidades. Como tal, la cuestión de la formación del canon se debe afrontar desde una perspectiva que aborde su formación histórica y las pedagogías con las que es enseñado, y cómo dichas pedagogías han proporcionado o excluido las condiciones y conocimientos necesarios para que la gente marginal recupere sus propias historias”...

En un periódico de circulación nacional, editado y publicado por una Universidad Pública de renombre en nuestro país, se dio a conocer recientemente un escrito jocoso sobre las variadas concepciones y prácticas pedagógicas que había en él. El autor de dicho escrito pertenece a la Asociación Colombiana de Pedagogía y si mi memoria no me es infiel, lo titulaba con el nombre de: “Comentarios light, retro y utópicos de la pedagogía de fin de siglo”²



¹GIROUX, Henry A. *Cruzando límites*, Paidós Educador. 1.997:120.

²Lamento no recordar al autor. El periódico es el de la Universidad Nacional, de circulación anexa a los periódicos capitalinos del 10 de octubre de 1.999.

Dicho artículo, ejemplarizaba con un elegante humor, el estado del arte y las prácticas pedagógicas que variaban entre los discursos comunes de la tolerancia, la participación, la aceptación de la diferencia, la divergencia y el constructivismo como una epistemología de punta para orientar los procesos de aprendizajes significativos, a las utopías intelectualistas de maestros formados como pensadores filosóficos, que transformaban el quehacer pedagógico en un objeto de estudio interminable.

El autor del artículo no olvidó mencionar, en los intermedios de las anteriores propuestas, a los profetas de la revolución social o de la revolución personal que siguen buscando un escenario propicio de resolución de aquello que nunca fue.

Los famosos coletazos de los que habló Estanislao Zuleta, retornan cíclicamente en el pensamiento y en el hacer pedagógico. Rápidamente se pasa de la liberalidad de los currículos y las prácticas evaluativas al control de la supervisión educativa, bautizada con el nombre de acreditación donde sólo resta preguntar irreverentemente: ¿.....Y a qué horas viene el Virrey?

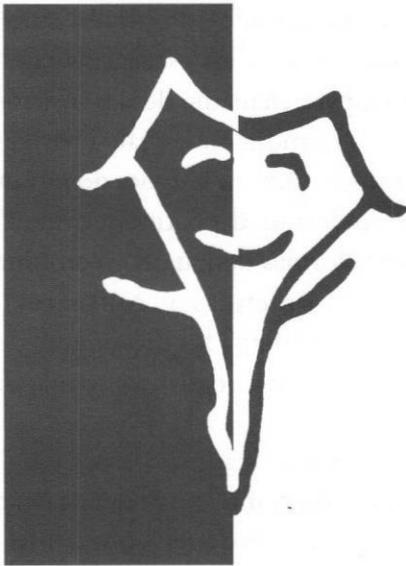
Los escenarios académicos, escolares, educativos (murales y extramurales) oscilan entre la inquisición del modelo tradicional al *woodstock light*, en medio de discusiones fogosas donde se escenifica la mejor violencia simbólica, y a veces carnal, entre furibundos sindicalistas y flemáticos intelectuales disputándose auditorios y presupuestos de gestión, atrapados en el sinsentido de una educación nacional trizada.

El maestro carga con todas las asignaciones. Debe ser, un activista social, un trabajador de la cultura, un terapeuta social, un artista creativo, un intelectual filosófico, un gestor de proyectos, un militante político, un ciudadano en formación. ¿No lo deben ser todos los sujetos que porten y representen una profesión, en esta época y en este contexto?

La identidad no sólo está trizada, sino que las demarcaciones de los escenarios también han variado, pero en medio de la transición de pensamiento, condición social, ideología y movimientos sociales en la época denominada “tránsito modernidad-postmodernidad” (o simplemente formas desiguales y combinadas de discursos, prácticas y contextos), la incertidumbre gobierna los dictámenes de los ciegos, que decretan verdades como mandatos disciplinarios:

“Para muchos educadores, la pedagogía se teoriza a menudo como lo que queda después de haber determinado el contenido del currículo. En esta perspectiva, el “conocimiento” habla por sí solo, y la enseñanza consiste a

**Si el acto de formar
maestros que educan
personas en diferentes
saberes y contextos se
profesionaliza, se
institucionaliza y
regula, esta
institucionalización
debe saber de sus
falencias y sus
tendencias a la
burocratización. La
única forma de evitarlo
es la pregunta
permanente por la
legitimidad de lo que se
quiere, lo que se es y lo
que se debe ser. Eso es
consecuencia y
responsabilidad social.**



menudo en proporcionar una ocasión para que el texto se revele a sí mismo. Guiados por la inquietud de producir conocimiento que sea académicamente correcto o ideológicamente pertinente, los teóricos educacionales han soslayado en gran medida la cuestión de cómo un profesor puede trabajar a partir de principios éticos teóricos sólidos y, sin embargo, acabar silenciando pedagógicamente a sus alumnos”³.

Lo anteriormente expresado contrasta con una experiencia, una sensación, una añoranza, no necesariamente una idea sistematizada que puede colaborar en la búsqueda de la identidad perdida y que empieza a ser consensuada en la facultad de educación como posibilidad, horizonte de sentido y referente.

En días pasados, recorriendo una vieja ciudad, de un viejo continente, me entretuve viendo los cortos de una película que se estrenaba allí y que se demorará un poco en presentarse en Colombia. Su poético, sonoro y esplendoroso nombre es, *La lengua de las mariposas*.

Se trata de la historia de un maestro de aldea, vestido de sombrero y corbata, que aún en el escenario escolar del tablero, la tiza y el discurso seductor de la palabra, enseñaba a un grupo de muchachos del pueblo, que las mariposas también poseen lengua.

De la película me conmovieron los grandes y claros ojos del chico protagonista, pues losabría con avidez cuando el maestro descubría frente a su curiosidad la existencia de un órgano hasta el momento invisible a la mente fantástica de todos estos inquietos alumnos.

Sentí añoranza y respeto por el maestro de esta película. Lo extrañé porque yo nunca tuve un maestro así, ni mis hijos tampoco, y porque creo que mi ubicación en la educación obedece a la persecución obsesiva de este sueño fallido: formar buenos maestros.

¿Qué identificaba a este maestro y qué debe identificar al que intentamos formar?

- Un saber que hasta el momento parece oculto, vetado a los alumnos, pero que sólo el maestro sabe y debe y puede revelar.
- Un deseo por transmitir ese saber y por provocar en los otros la necesidad de tenerlo.
- Un ejercicio de la palabra escenificada, en un contexto legítimo, donde enseñar–aprender son tareas reconocidas como demarcación de esa situación, momento y lugar pedagógico.

No intento colocar como ejemplo al maestro de la película, sé que en las nostalgias hay ficciones que no se repiten y que cada uno se ancla, en la que le corresponda, temporal, geográfica y generacionalmente. Pero quiero instaurar la reflexión sobre la necesidad de buscar para nuestra época las legitimidades que corresponden, sin olvidar que hemos cometido errores.

³Giroux. Ob. cit. 1.997:122

Antes de detallar cuáles son, quisiera decirles que en reciente conversación con una antropóloga, contaba cómo en las escuelas rurales, integradas, unitarias, en medio del conflicto que vive Colombia, es destacable que los niños sí quieren estudiar en la escuela y valoran la rutina diaria de desplazarse a ese lugar porque les permite construir identidad, grupo, pertenencia.

Los errores, legítimos o no, han sido a mi modo de ver:

- La sobreintelectualización de esta práctica.
- La sobremoralización de la figura del maestro.
- La secularización excesiva de una profesión.
- La concesión sin regulación a las influencias disciplinarias, sin apropiaciones del discurso pedagógico que le fueran pertinentes.
- La aceptación de tareas mesiánicas sociales, políticas y terapéuticas.

Es posible hacer educación y pensar en formación pedagógica en un reconocimiento amplio del momento de incertidumbre que presenciamos, haciendo acopio de que la tarea de vincular sujetos, narrativas y saberes en contextos diversos requiere de un maestro no dogmático, que sepa de su saber específico y de su deseo por ser maestro, integrando lo ético con lo estético en la búsqueda por rescatar lo sublime de la condición humana, apoyando el autogobierno de lo ominoso, tanto para formar ciudadanos como seres que cultiven el espíritu, el pensamiento, la palabra (sea cual fuere su código) en una identidad personal y social que acepta los intercambios sociales que la convivencia exige, siempre y cuando ellos sean favorables a la vida.

Si el acto de formar maestros que educan personas en diferentes saberes y contextos se profesionaliza, se institucionaliza y regula, esta institucionalización debe saber de sus falencias y sus tendencias a la burocratización. La única forma de evitarlo es la pregunta permanente por la legitimidad de lo que se quiere, lo que se es y lo que se debe ser. Eso es consecuencia y

responsabilidad social. Eso, al modo de ver de la Fundación Universitaria Luis Amigó, es la tarea ética de la formación de formadores, la coherencia que siempre se escapa en el juego de la oferta y la demanda de profesiones.

La nueva función social de la pedagogía, una identidad contemporánea para el maestro. (una propuesta para el contexto de problemas sociales colombianos y latinoamericanos)

Para sustentar este capítulo, hay que partir de aclarar una intención y una pregunta investigativa.

La primera intención, es que la Fundación Universitaria Luis Amigó y su Facultad de Educación han tomado como propósito prioritario, la línea de pensamiento/formación/ estudio/investigación, la relación sociedad-sujetos-procesos educativos, desde una pregunta por los conflictos sociales y educativos que impiden la calidad de vida de la niñez, la juventud y la familia, sobre todo la de aquellos

*El Estado, la Familia,
la Escuela, la Iglesia,
han presenciado las
destituciones
sucesivas de sus
legitimidades a
cambio de
socializadores más
presentes como la
televisión, los
ordenadores, los
medios de
comunicación, las
empleadas del
servicio, la gallada de
pares.*

actores con malestares socio-culturales conocidos como problemáticas sociales del orden de la delincuencia, la farmacodependencia, la explotación sexual y las migraciones.

La pregunta investigativa obedece al hecho de que la Universidad y la Facultad de Educación tienen su emergencia en la tradición centenaria de las prácticas en Pedagogía Institucional Reeducadora de los Religiosos Terciarios Capuchinos; ello marca una herencia y una asignación a la que había que hacerle un reconocimiento genealógico y una resignificación académica contemporánea y prospectiva, para saber qué se conservaba y qué se transformaba en el ámbito de la formación.

Este proceso investigativo de carácter macro se inició en el año 96 con el nombre de Archivo Pedagógico y luego se reestructuró con el actual de “Pedagogías Frente al Conflicto Social y Educativo”, que pretende relacionar transdiscursivamente las prácticas discursivas de los Religiosos Terciarios Capuchinos con prácticas discursivas de la pedagogía contemporánea para determinar la identidad pedagógica de la Facultad y sus objetos de formación, en una relación dialógica entre tradición, coyuntura y prospectiva.

Esta investigación acaba de concluir su primera fase, en noviembre 30 y a partir de abril del 2000 se entregará la publicación del texto resultante a la comunidad nacional y latinoamericana, directamente interesada. Su asesoría metodológica ha estado a cargo del Dr. Alberto Martínez Boom, y la coordinación académica

y administrativa por parte de la Decanatura de la Facultad de Educación, con el aporte y apoyo permanente de la Rectoría de la Universidad, en cabeza del Padre Marino Martínez Pérez.

El grupo de investigadores, compuesto interdisciplinariamente por varios actores académicos y administrativos de la Facultad, y otros investigadores de la Universidad⁴ trabajaron durante dos años con la metodología cualitativa del grupo de discusión, con enfoques transdiscursivos que con criterios de pluralidad metodológica, integraron lo genealógico con lo prospectivo.

De modo que la resignificación de categorías simbólicas institucionales, subjetivas y disciplinares, contribuyeron en su deconstrucción a superar las funciones denotativas y connotativas del lenguaje, intentando abordar la función transformativa tal y como se proponía fundamentarlo el filósofo recién fallecido, Edgar Garavito (febrero 1999).

Experimentalmente se partió de algunos avances metodológicos que propone el análisis del discurso explicado por Gonzalo Abril (1996); sin embargo, el intento se aproximó provisionalmente a conformar un grupo para el trabajo genealógico, otro para el prospectivo, y la integración se dio en las discusiones grupales, atendiendo el supuesto de que en el tránsito desigual y combinado de premodernidad-modernidad y postmodernidad en nuestros países, la genealogía no explica, exclusivamente, la contemporaneidad, ni su prospectiva.

⁴La coordinación de la investigación está a cargo de la Decana de Educación, Claudia Vélez de la Calle, Lic. en Preescolar y Magister en Desarrollo Educativo y Social; la asesoría externa es brindada por el doctor Alberto Martínez Boom. Los investigadores son: María Elena Ochoa, Psicóloga, Magister en Orientación y Consejería y Asistente del programa de Pedagogía Reeducativa; Libia Elena Ramírez, Lic. en Filosofía e Historia, Psicodramatista y Coordinadora del Posgrado en Pedagogía Institucional Terapéutica; Ofelia Álvarez, Socióloga, Esp. en Animación Sociocultural y Coordinadora del Posgrado en Animación Sociocultural y Pedagogía Social; Ligia Nora Salazar, Lic. en Sociales, Esp. en Tendencias Contemporáneas de la Pedagogía y Coordinadora de la Línea de Investigación Pedagógica; Claudia Gómez, Socióloga, Lic. en Lingüística y Literatura, Esp. en dirección de guiones de cine y televisión y directora del programa de Comunicación Social; Juan Carlos Jurado, Historiador, Candidato a Magister en Historia, y Gerardo León Franco, Lic. en Lingüística y Literatura, Esp. en Semiótica y Director del Programa de Licenciatura en Educación Básica.

Este tránsito desigual y combinado de estas formas de pensamiento, movimiento social, condición social e ideología, viene acompañado de transformaciones generacionales que no se han reflexionado suficientemente en el ámbito de la educación y en el campo de la reflexión interteórica de la Pedagogía Social.

Los cambios que se enuncian y reconocen son del orden de lo económico, lo político, lo social, lo epistemológico, lo cognitivo, lo genérico, lo generacional y lo erótico, entre otros.

Una nueva ecuación económica, la irrupción de la informática, como nuevos medios de producción, la globalización de la economía, la terciarización de la misma, las revoluciones sociales feministas, los cambios de paradigmas científicos, la reforma del pensamiento occidental, las nuevas habilidades del pensamiento, el imperio de los medios de comunicación, la transformación de los *sensorium*, la feminización de lo masculino y la explicitación en la vida pública de lo femenino, las radicalizaciones de los jóvenes –sobre todo en los espacios urbanos–, el desperfecto de lo político, el acrecentamiento de la insatisfacción existencial, la legitimidad de socializadores como el consumo, el mercado, la ciencia y la tecnología, son un encuadre que coexiste con las formas sociales locales de la vida rural urbanizada y la vida urbana ruralizada de nuestros pueblos.

El Estado, la Familia, la Escuela y la Iglesia han presenciado las destituciones sucesivas de sus legitimidades a cambio de socializadores más presentes como la televisión, los ordenadores, los medios de comunicación, las empleadas del servicio, la gallada de pares.

El maestro también ha sufrido los efectos de estas transformaciones en su identidad, su papel, su saber, su posicionamiento y por supuesto, sus propuestas de profesionalización.

El supuesto rector para desarrollar es, si los socializadores han cambiado y el maestro era un socializador del saber en el sentido formativo e

**El maestro contemporáneo que
estamos intentando comprender,
enunciar y ofertar, no se ancla en
la juventud siendo un homólogo de
la juventud. Él, creemos
inicialmente,
debe anclarse en la tradición que le
da identidad y lugar a él para
poder instaurar un diálogo
generacional tradición-cambio
con sus estudiantes.**

informativo; los referentes de él como un socializador colateral deben modificarse compartiendo la socialización y su tarea simbólica, con los actores y escenarios educativos actuales.

Si el maestro ya no puede competir como informador con los *mass media* y las NTIC, debe aprender a usarlas pedagógica y didáctica en una situación de intercambio dialógico, de narrativas y mediaciones.

Si ya no puede formar axiológicamente porque su “moralidad” se encuentra en entredicho, por los cambios de las reglas sociales, pero también por su propia perversión, debe intentar formular y apropiar una ética de la responsabilidad pedagógica que lo vincule consecuentemente con su nueva identidad.

Si el mundo del saber ya no es lo que vincula al sujeto alumno con el docente; si el conocimiento no es la información y lo que circula son representaciones de diversa índole, el maestro debe aprender con su alumno a aplicar una crítica y un pensamiento creativo sobre el mundo de las representaciones,

incluidas sus posibilidades éticas, estéticas, discursivas, pero también prácticas; rutinas y rituales tradicionales que fundamenten la identidad local con el grupo al que se pertenece y en el que se participa.

¿Será esto lo que se llama el maestro de las mediaciones y la antropología urbana? ¿Será éste el maestro arraigado en la tradición local con una formación global? ¿Será éste el maestro y la maestra intercultural?

No quisiera caer en la tentación de calificarlo y sistematizarlo. Creo que es mejor comprender que es un maestro que socializa e institucionaliza sujetos en lugares demarcados para las relaciones intersubjetivas con el saber, la convivencia, la recreación, sin olvidar que sus vidas, categorías generacionales han variado y están habitadas por el conflicto social y educativo, de la misma forma que lo escenifica "Francisco el Matemático".

Pero hay una diferencia esperanzadora. El maestro contemporáneo que estamos intentando comprender, enunciar y ofertar, no se ancla

en la juventud siendo un homólogo de la juventud. Él, creemos inicialmente, debe anclarse en la tradición que le da identidad y lugar a él para poder instaurar un diálogo generacional tradición-cambio con sus estudiantes.

Él o ella son referentes. Sus historias personales, escolares, académicas y sociales son particulares de otro tiempo. Los intercambios se hacen sobre la variedad. Los cambios se fundan en la resistencia, contestariedad o complementariedad a la tradición. Si botamos la tradición por la borda, el vacío es inevitable.

Pero, igualmente, la socialización de saberes, narrativas y sujetos no se puede dar entronando la tradición como único paradigma. No se pueden imponer y controlar representaciones que han perdido legitimidad.

La novedad de la nueva función social de la Pedagogía, tal vez, se encuentre en comprender que las problemáticas locales, nacionales, son reales. Que el saber debe seguir siendo un valor, siempre y cuando esté acompañado de transformaciones significativas para la vida de los sujetos, de los grupos, de las comunidades, de las distintas generaciones.

Es el saber y no el academicismo. Es el arte y no los modismos artísticos. Es la expresión y no la habladuría vana. Es el respeto por el otro y no, solamente, por lo que se ha considerado antropológico.

Es el respeto por la generación nueva, sin olvidar el respeto y el lugar que ocupan en la construcción cultural las generaciones anteriores. Tal vez, sea comprender de otra forma quienes somos como seres latinoamericanos en nuestra manera particular de producir saber, convivencia comunitaria, festividades, arte, emoción, magia y violencia.

Hace rato somos un pueblo vital y complejo, que ha activado conflictos latentes y reprimidos en tiempos de dictadura en otros pueblos. Pero podemos pecar de bárbaros e indolentes si no construimos para nosotros una pedagogía social que haga las distinciones identitarias y las

La identidad

latinoamericana es rica en modos de pensamiento, conocimiento y acción propios de nuestra historia y naturaleza. La pedagogía que pensamos y la educación que hacemos debe filtrar los modelos eurocéntricos y norteamericanos que configuran una aldea global homogenizada, huérfana de identidad personal, cognitiva y social.

transformaciones inmediatas al modo como escribimos, leemos y solucionamos nuestra vida urbana/rural, globalizada.

Para ello hay que fundar sujetos con pretensión de subjetivarse, es decir que entiendan en su vida personal y ejercicio social y profesional la autonomía de sus pensamientos y sus actos. Igualmente, habrá que proponer una concepción de saber pedagógico y específico que transcurra con flexibilidad entre las disciplinas, enfoques y demás prácticas, siempre tejiendo la pregunta por la coherencia teórica, metodológica y contextual.

Estas propuestas no son exclusivas de la época. Sin embargo, lo que sí debe ocupar nuestros esfuerzos es la coherencia con el ámbito académico donde formamos maestros. No se puede seguir favoreciendo la práctica de docentes de maestros, mal preparados, ausentistas, corruptos, indiferentes, sancionadores de los alumnos y anómalos sociales.

Tampoco, cerrar los ojos cuando se pervierten principios constitucionales de convivencia social, como los que se pactaron en la constituyente del 91. Es deplorable presenciar el concurso de colegios particulares y públicos, donde se buscan formas arbitrarias y leguleyas para evadir acciones de tutela justas.

Maestros y directivas que siguen prefiriendo el control del rendimiento académico, por sobre la exploración de múltiples posibilidades de aprendizaje e intercambios de saberes. La violencia social y familiar es un hecho incuestionable. A los escenarios escolares y barriales llegan alumnos maltratados y adultecidos que no creen en lo que allí sucede, no por cultivar un escepticismo cínico, sino porque el panorama nacional los habitúa día a día a aceptar la doble moral de las instituciones donde viven.

La educación de hoy día y la formación de maestros debe ayudar a evitar la esquizofrenia social y a desenmascarar, desde un pensamiento rebelde y revelador, el simulacro de un mundo

lleno de lo espectacular externo, frente a sus falencias internas.

La identidad latinoamericana es rica en modos de pensamiento, conocimiento y acción propios de nuestra historia y naturaleza. La pedagogía que pensamos y la educación que hacemos debe filtrar los modelos eurocéntricos y norteamericanos que configuran una aldea global homogenizada, huérfana de identidad personal, cognitiva y social.

Tal vez, sea tarea de los maestros recordar quiénes fuimos y qué somos ahora. Y de las Facultades, posibilitar la expresión reflexiva de estas identidades. A esto le queremos apostar como idea y desarrollo; ser maestros distintos para una realidad social distinta, activa, dinámica.

Es inevitable terminar haciendo prescripciones. La ética y la pedagogía no pueden ser prescripciones, sólo preguntas, exploraciones, designaciones, asignaciones, vínculos y pertenencias... ser consciente de lo que nos gobierna, agencia y controla, es ya, de por sí, un logro de los seres que piensan, transmiten y practican el saber.

Tal vez, allí esté el próximo puerto virtual y flotante de la pedagogía... tal vez allí construyamos un nuevo lugar, sin olvidar el conflicto social y educativo que hoy compromete nuestras claridades. Allí sólo quedan las palabras de Borges como una profecía:

“Sé que una cosa
no hay, es el olvido.
Sé que en la eternidad
perdura y arde
lo mucho y lo precioso que he
perdido.
Esa fragua, esa luna y esa
Tarde.”



bojas **Universitarias**.....